

60 AÑOS DE ARTES VISUALES | Pintura y pasajes del reconocido artista formado en Valparaíso y la Normandía

ALFREDO ECHAZARRETA:

“La belleza es la inteligencia de las cosas”

CECILIA VALDÉS URRUTIA

“Tengo bastante de la atmósfera de los impresionistas en mis pinturas como la luz, viví en el corazón de ellos en Honfleur. Y mis amigos artistas eran seguidores de ese movimiento”, cuenta el reconocido pintor y grabador Alfredo Echazarreta Amunátegui.

Estuvo casi cuatro décadas en ese pequeño y hermoso pueblo portuario en la desembocadura del Sena, en la Normandía. También vivió en París. “Pero empecé en el arte en 1965, cuando estudiaba en la Universidad Católica. Ahora cumpla 80 años” —confiesa tras su apariencia jovial—. Se sumerge en un breve silencio. Revive y añade: “Como me decía Matta, ¡hay que tenerle ganas a la vida! A él no le gustaba salir a caminar solo y me llamaba: ‘Echazarreta, nunca aprendió mi nombre, salgamos a caminar, están todos durmiendo. Y la vida está libre’, lo que significaba que no estaba Germana, su mujer. Recorriamos las orillas del Sena. Era muy tradicional, en el fondo; por ejemplo, no le gustaba el barrio de la Bastilla, lo encontraba demasiado alternativo. Y criticaba a algunos que escribían sobre él: ‘Ellos no entienden lo que es la verdadera revolución, revolución son los astros’, decía.

Matta también le dijo a Echazarreta que algunas de sus obras podrían emparentarse con el surrealismo. Pero él se mantuvo en su estilo, en el que sí ocupan un lugar los primitivos. “Volver a ello me parece esencial. Son de una modernidad extraordinaria”. Formado en Arquitectura en la UC de Valparaíso en los tiempos de Alberto Cruz, Pepe Vial, Godofredo Giommi, ellos lo incentivaron a partir a Francia. Llegó a ocupar el taller de uno de los más grandes heideggerianos.

Hoy, con 50 años de trayectoria, tres matrimonios, padre orgulloso de cuatro hijos —dos vinculados al cine, uno es director de fotografía en los filmes de Sebastián Lelio y de los hermanos Larraín—, es conocido por su singular obra con un particular colorido, en Europa, especialmente en Francia, y en Chile. “Posee una imaginación muy personal. Evocadora. Pinta muy bien”, señala hoy Waldemar Sommer. En esta nueva muestra, “Tesoro”, inaugurada el miércoles en galería ArtEspacio, exhibe un nuevo trabajo con espacios y escenas que evoca con su envolvente uso del color. Exhibe pinturas en un formato museal en las que dibuja y desdibuja con su paleta cromática elementos en los que trasuntan mitos, el arte primitivo, las citas en el arte y una gran poesía.

“Fui muy colorista en Normandía y en Chile se me restringió el color —explica—. Pero en esta exposición vuelvo a la paleta que viene de la atmósfera en la Normandía. Los normandos trabajan muchísimo una especial armonía del color, lo que me ha marcado”.

“Como el Dante, mi viaje fue por amor”

“Las influencias son a pesar de uno —reflexiona—. Las atmósferas en que uno vive determinan. En París, me influyó esa luz dudosa en donde la línea desaparece. Y en Normandía fue esencial el uso del color. Aquí se atenuó por esa cosa gráfica, de la cordillera. En Chile se funciona más con ritmos y bordes y apareció más la línea. Ver las montañas es pura línea y la línea es el nervio. En Francia se percibe un

Mantiene un taller en Honfleur, en el valle donde pintaban los impresionistas. Luego de vivir décadas en Francia, volvió a Chile con su imaginación impregnada de atmósferas y de color, del arte primitivo y del Dante. La filosofía de Heidegger, la Escuela de Arquitectura de la UCV y Matta integran su biografía. El miércoles inauguró una exposición con obras monumentales en ArtEspacio.

“Así es. Y hoy es muy valorado, pero antes no lo fue”.

—En su caso, con una pintura semifigurativa y más “clásica”, ¿fue cancelado en los años 70 y 80?

“¡Absolutamente! El hacer figuración y tener una obra algo narrativa me costó muchas veces ser castigado. Era una época muy talibana. Me sentía marginado. Estaban todos en un conceptualismo o en la abstracción. Pero si uno insiste, llega un reconocimiento a aquello que está fuera de ciertas modas o de los movimientos. La emoción es lo que en definitiva mueve el arte”.

Se detiene en la importancia de volver a la manualidad en tiempos de la tecnología. Creo que en pintura aún se puede decir algo que emocione y en forma simple”. Echazarreta atraviesa la mancha de color y convierte sus composiciones en atmósferas traslúcidas.

Heidegger y la belleza

—Resalta la actualidad del grabado tradicional.

“El grabado es lo más cercano a la mano del artista. No hay nada más agudo y fino que un trazo de punta seca en un cobre. Uno se acerca al dibujo de las cavernas, pero al mismo tiempo es algo que sucede hoy. Cy Twombly realizó eso. Llegó con un pasado virgen, tomó de Roma y no logró hacer nada más que esos trazos magistrales. Para mí, el dibujo renacentista también es clave y se mezcla con los cubistas y otros. ¡Ahí está mi cuna!”.

—¿Unida a la Escuela de Arquitectura de la UCV?

“Sí, Alberto Cruz y todo su grupo inculcaban el gusto por el dibujo. Pepe Vial nos hacía seguir a una persona en la calle y dibujarla. El resultado en mi caso fue algo todo chorreado, mínimo, pero les gustó mucho: ‘El verdadero dibujo es la economía de los medios: mostrar con lo mínimo’, dijo. Fue la mejor lección que he tenido”.

Sin embargo, en la Escuela de la UCV tampoco encajaba: “Eran todos muy abstractos, pero ellos no me cancelaron”. El poeta del grupo, Godofredo Giommi, casado con Ximena Amunátegui (exmujer de Vicente Huidobro y prima de la madre de Echazarreta) asumió un rol paternal con el joven estudiante.

“Los profesores de la UCV me empujaron a seguir lo mío en Francia. Era imposible hacerlo acá. Godo me contactó con Francois Fédiér, filósofo traductor de Heidegger y alumno del discípulo directo de Heidegger, Jean Beaufret. Fédiér era considerado el heredero y defensor de Heidegger en Francia. Él me invitó a permanecer en su taller en París 19, donde buscaba crear un centro de pensamiento y arte como quería Heidegger”. El autor de “Ser y tiempo” marca a Alfredo Echazarreta. “Fue el primero que relaciona el pensamiento con la belleza; no solo con algo racional, sino que también con la poesía. Hicimos muchos actos poéticos en París en honor a Heidegger. Fuimos hasta el origen del río Sena siguiendo el camino del agua, hasta llegar luego al mar. Conocí Honfleur de esa manera”.



Alfredo Echazarreta. “Mi uso del color viene de la influencia de la Normandía”.



El monumental y dantesco “Gran hallazgo”. Una pintura que perturba y seduce. “Creo que Ulises tenía razón con “El canto de la sirena” para alguien sensible a la belleza y la mujer”.

todo que se funde; hay una dulzura especial en la vida y cultura francesa”.

—En sus pinturas se percibe una belleza. ¿Qué lugar real le da?

“La belleza es la inteligencia de las cosas. Romper con la belleza me parece algo adolescente. Cuando uno percibe belleza, ve que hay una inteligencia en el otro, en la naturaleza, en las cosas. Y la belleza hace muy bien al espíritu, a la gente, a la sociedad. La búsqueda del feísmo ya pasó en Europa. La verdadera revolución viene de evolución. Hoy veo en Europa una post-transvanguardia que busca la belleza”.

—El Dante también lo hizo y subyace en su arte. La barca y el viaje son elementos recurrentes, ¿pero hay algo más en ello?

“La barca es el mundo que se desplaza.

Pero además el nombre de París viene de la barca de la diosa Isis, entonces representa algo simbólico de mi biografía. Viví en una isla en París y luego llegué a un pequeño pueblo de pescadores en Honfleur. Terminé pintando botes de otra manera. Uno empieza a percibir su propia verdad que es un mundo errante. Y con el Dante: su viaje era por amor y yo volví a Chile por amor. A Francia me fui por la pintura”.

—En la exposición sobresale una fuerza que atrapa y perturba en el cuadro “El Gran Hallazgo”, con esos seres sobre todo femeninos que se sumergen y emergen de un espacio cromático.

“Creo que Ulises tenía razón con el ‘Canto de la sirena’. Para un hombre sensible en el arte, la belleza y la mujer tienen algo que ver. Esta pintura es más dantesca



“Felicidad sin puerto”. Su atmósfera poética y mítica vuelve a los primitivos.

En Chile fue segregado por su obra figurativa, en los 70. Debó partir a Francia

y creo que se da algo muy potente: esas mujeres son los ángeles que van en búsqueda de ese tesoro perdido bajo el agua”, sonríe.

Hay otras pinturas más plácidas como una cita a “Le déjeuner sur l’herbe”. “Es una reinterpretación del cuadro de Monet, pero con ese símbolo de un tesoro que da la unidad”. El más sugerente óleo “La felicidad sin puerto” se relaciona con la errancia de quienes van en esa nave.

—Ha sostenido que “el dibujo es la escritura en la tierra”.

Crítica de arte

Museo Nacional de Bellas Artes

Cifrar el arte

AMALIA CROSS

La realización del último censo y la promesa del Gobierno por alcanzar un 1% en cultura, me han hecho pensar en cifras. En el mundo hay más mujeres que hombres. En Chile somos el 51% de la población. Mientras que las personas que estudian Arte son mayoritariamente mujeres. Así como también lo son el 61% de los visitantes que asiste regularmente al Museo Nacional de Bellas Artes (MNBA). Y sin embargo —nos dice Varinia Brodsky, directora del MNBA— “las mujeres artistas en la colección cuentan con una representación que no supera el 12% de las obras”. Una cifra preocupante y desalentadora

que las instituciones tienen la tarea de revertir antes de que la brecha sea insondable. En esa política de acción se inscribe la exposición “Asir la vida. Mujeres artistas en Chile”, comisionada por el MNBA a Andrea Giunta, historiadora del arte y curadora argentina. En esta ocasión, Giunta arremete con un apéndice local (o capítulo chileno ampliado) de lo que fue la gran muestra Radical Women. Latin American Art, 1965-1985, que realizó en el Hammer Museum en 2017 con Cecilia Fajardo-Hill.

Pensar el arte en cifras es el trabajo que hacen las Guerrilla Girls: un colectivo feminista que, desde 1985, denuncia la desigualdad entre hombres y

mujeres a través de piezas gráficas y estadísticas con datos y porcentajes, humor y crítica. En una de ellas se leen las ventajas de ser una artista mujer: “No tener que coincidir con hombres en las exposiciones”, “trabajar sin la presión del éxito” y “que te incluyan en versiones revisadas de la historia del arte”. Tal como les sucedió a las 25 artistas chilenas que forman parte de la exposición con más de cien obras realizadas entre 1965 y 1990.

En algunos casos, las obras escogidas podrían haber sido otras, pero en su conjunto son más que suficientes para mostrar el intenso proceso de indagación sobre los roles femeninos que fue capaz de subvertir y “reformular las representaciones del cuerpo”. Al respecto Giunta señala que: “Si las mujeres en los museos estaban representadas por los retratos y los desnudos



Valentina Cruz. Dibujo 7. Tinta china y lápiz sobre papel.

realizados por artistas predominantemente varones, ahora ellas irrumpían con representaciones que daban vuelta las normativas del deseo y del punto de vista externo masculino que habían normado y normalizado la figuración del cuerpo femenino”. En lugar de la norma (y en contra del canon), aparecen otros cuerpos y de ellos surgen otros deseos y posibilidades. Esta premisa se encarna en los cuerpos desollados en látex de Valentina Cruz en su obra Pielas de mujeres fieles a ser examinadas por el doctor de turno (1966). En los

pliegues dérmicos de las vulvas pintadas al óleo por Nancy Gewölb. Y en las esculturas vivas de Ester Chacón concebidas como trajes, piezas textiles hechas a partir de nudos, con la capacidad de transformar el cuerpo que los viste (Pachamama, 1981).

La curadora escribe, en el texto a muro, que la selección no es exhaustiva y que esta muestra “se propone como la punta de un iceberg, como un punto de partida que abrirá investigaciones futuras desde las que se generarán nuevos ma-

pas y perspectivas”. Pero también es cierto que, bajo el nivel del agua en las profundidades silenciosas y oscuras del ejercicio de la historia, se encuentra una serie de investigaciones previas que fueron cruciales para sentar las bases de una historia del arte en Chile narrada por mujeres. Por último, otra ventaja es “saber que tu carrera profesional puede volver a repuntar después de los ochenta años”. Ese es el caso de la gran mayoría de las artistas que forman parte de esta exposición: Tatiana Álamos, Ester Chacón, Valentina Cruz, Nancy Gewölb, Julia Toro, Virginia Errázuriz, Sylvia Palacios Whitman, Inés Paulino, María Cristina Matta. Pero, en Chile, aunque las mujeres viven en promedio más años que los hombres, sus pensiones son un 40% más bajas y sus obras valen hasta diez veces menos.